MAMEI Y SU LUZ

Era media tarde y el dorado sol se escondía entre las cumbres que abrazaban aquel humedal de tierras pantanosas. Ahí, entre la variada vegetación, mamá y papá luciérnaga esperaban impacientes el nacimiento de sus hijas que, enterradas bajo tierra, se hacían esperar.

Llegado el momento, nacieron cuatro preciosas larvas: tres de mayor tamaño y una más pequeñita (a la par que entrañable). Desde ese momento, se convirtieron en la mayor alegría de sus padres. La familia gozaba de unión, entusiasmo, cariño, comprensión…

Poco a poco todas fueron madurando, más o menos, al mismo tiempo. Así, de a poquito, comenzaron a emitir una preciosa luz de destellos brillantes que destacaba en las cálidas noches de verano. Sin duda alguna, otorgaban a aquel ambiente, un auténtico espectáculo lleno de armonía. Sus cuerpos ligeros y suaves tenían ese don de adornar la oscuridad.

Pero, no, no fue así para todas. Mamei, la menor, se fue dando cuenta de que ella no despedía ninguna luz. Su momento no parecía llegar. Y entristecía. Tanto es así que sus padres, al notar su decaimiento, y mientras sus hermanas pululaban al otro lado de la ciénaga, decidieron sentarse con ella para hablar de aquella situación:

- Cariño, tú que siempre has sido tan sonriente, que has participado en todos los juegos que proponían tus hermanas, que te has ofrecido a ayudar a los demás… Y, ahora, de un tiempo a esta parte se te ve apagada, hija. ¿Qué te ocurre? - preguntó su madre.

Al escuchar la palabra “apagada” Mamei esbozó una mueca a la que acompañó un llanto profundo, de esos que nacen de dentro, que te dejan sin aire y con los que te cuesta hasta poder articular palabra.

- Pero Mamei… -susurró tiernamente papá luciérnaga mientras le daba el abrazo más dulce que se podía dar.

Tras un ratito sintiendo el calorcito del abrazo de su padre, la joven luciérnaga -secándose los ojos y con la voz entrecortada- logró decir:

- ¡Eso! ¡Eso es lo que me pasa! Todas mis hermanas son hermosas con esa luz tan fascinante que despiden. Sin embargo, a mí me cuesta hasta echar a volar. Mi cuerpo aún tiende a arrastrase, mis alas son débiles y mi luz… ¿dónde está mi luz?

- ¡Ay, cariño! ¿Tu luz? Yo te voy a explicar dónde reside. Verás, es cierto que nosotros fabricamos una luz muy bonita y nuestro abdomen la refleja al exterior. Y claro que nos gusta poder hacerlo. De hecho, nos hace animales diferentes, ni mejores ni peores, aunque sí distintos. Pero nunca olvides una cosa: la luz más importante que tenemos todos los seres de este mundo brota desde dentro, desde nuestro interior. Esa esencia la poseemos todos y se manifiesta en nuestras acciones y formas de relacionarnos con los demás. ¡Y cuanto más bonitas sean, mejor nos sentiremos con nosotros mismos! ¡Creando y haciendo bonito ganamos todos!

Nuestro exterior es efímero y temporal, cielo. Conforme pasen los años te darás cuenta de que nuestro cuerpo envejece, queramos o no. Sin embargo, lo que hay dentro de nosotros (bondad, cariño, amistad…) siempre permanece. Cuanto más lo alimentemos más ricos nos hará y ¡eso no caduca! Al revés, crece cuanto mayor nos vamos haciendo. Solo debes prestar atención y escuchar a tu corazón - Terminó concluyendo mamá luciérnaga.

Papá y ella se despidieron de Mamei con un reconfortante beso que le acompañó todo el día. Ya de noche, recostada sobre su cama, a Mamei se le agolpaban aquellas palabras de sus padres. No lo entendía todo, pero sí notaba que ella se sentía mejor, mucho mejor. Estaba tranquila, muy relajada.

Y a la mañana siguiente seguía con esa misma sensación. Y, así, sin darse cuenta volvieron sus sonrisas, sus gracias, su picardía… Ya no le importaba tanto no desprender ese brillo pues se encontraba genial. Sin saber cómo, había aceptado la situación.

Ahora, embobada, observaba y disfrutaba del mágico vuelo de sus hermanas que danzaban entre las delicadas flores, los robustos árboles, el agua calma y fresca del río… Pasaban los días y era feliz.

Pero una tarde, mientras jugaban, una de sus hermanas quedó atrapada entre las ramas de la maleza y no había manera de que ella sola pudiera salir de allí. Y lloraba. ¡Vaya si lloraba al verse retenida e impotente!

En seguida que la oyeron, papá y mamá corrieron a ayudarla y también sus hermanas mayores. Pero todo fue inútil. La zona era muy estrecha y había ramas que dificultaban el trabajo.

Entonces Mamei, sin pensárselo dos veces, sacó una fuerza hasta entonces desconocida por ella y, con cuidado, fue pasando lentamente por los huecos que se formaban entre las enrevesadas ramas. Al ser más pequeñita logró llegar donde estaba su hermana. Y apretando, con todas sus fuerzas y ganas, logró que esta pudiera salir de allí. ¡Hurra! ¡Lo había conseguido!

Acto seguido, Mamei cayó al suelo pues estaba agotada. Cerró los ojos, respiró profundamente y, al abrirlos, ahí estaba toda su familia para felicitarle por lo que había conseguido y darle una noticia: sin saber cómo... ¡la pequeña había comenzado a emitir intensos destellos tras su caída!

Ahora brillaba por dentro y también por fuera.

Blog: https://aprendijugamos.blogspot.com.es/
Texto: Mábel Martos Martínez. Maestra de Pedagogía Terapéutica del CEIP Nuestra Señora de la Merced (Vícar-Almería).
Ilustraciones: Ana Belén González del Pino.